

## **7 de Abril 2024 - II Domingo de Pascua o Domingo de Divina Misericordia (B)**

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

### **Homilía de Padre Sirba:**

Nuestras lecturas de hoy tratan mucho de la fe, pero no de cualquier fe. Más bien, se trata de la fe en algo en particular, es decir, en la resurrección de nuestro Señor de entre los muertos. En nuestra primera lectura, escuchamos cómo los Apóstoles **“dieron testimonio de la resurrección del Señor Jesús”**. Su testimonio ayudó a la comunidad de creyentes a ser de **“un solo corazón y mente”**.

Este santo evangelio habla directamente de la resurrección. Nos cuenta cómo Jesús se apareció a los Apóstoles y les dijo: **“La paz esté con ustedes”**. En ese momento todos se regocijaron. Fue aquí donde Jesús les dio poder para perdonar pecados en Su nombre. A la semana siguiente, Jesús se apareció nuevamente a los Apóstoles, y esta vez estaba con ellos Santo Tomás (no estaba el Domingo de Pascua). El evangelio nos cuenta luego cómo respondió Santo Tomás cuando él mismo vio a Jesús. Él exclamó: **“¡Señor mío y Dios mío!”**

Dado que la creencia en la resurrección corporal del Señor es fundamental para nuestra fe católica, voy a decir más sobre ello ahora. Pero antes de hacerlo, permítanme hablar un poco sobre la fe en general y sobre qué es la fe. Así es como el autor de Hebreos define la fe. Él dice,

**“Ahora bien, la fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven. (Heb 11,1)”**.

Tenga en cuenta que aquí estamos hablando de la virtud sobrenatural de la fe. Es una de las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad). Cuando la palabra fe se usa en este sentido, se refiere a cosas que aceptamos pero de las cuales no tenemos evidencia.

Esta idea de la fe sobrenatural se vuelve más clara si consideramos cómo funciona la fe natural. Déjame explicar. La fe en general no sólo es necesaria, sino que es esencial en nuestro día a día. Basta pensar en lo poco que sabemos en realidad y lo mucho que aceptamos por fe.

Cuando estás en la tienda y compras algunas cosas, ¿sumas el costo de todo tú mismo o crees lo que la maquina dice que debes? ¿Estás seguro de que la lata de maíz que recogiste en realidad contiene maíz y no frijoles? En el camino a casa verificas todas las noticias que escuchas en la radio. No. La mayoría de nosotros simplemente creemos lo que otros nos dicen. Aceptamos que lo que dicen es verdad y hay una muy buena razón para ello.

Si no tuviéramos fe en lo que dicen los demás, la vida se volvería casi imposible. Si tuviéramos que verificar todo lo que nos dijeron, nunca lograríamos hacer nada. Entonces tenemos fe humana. La fe humana se puede definir como la creencia en la palabra de otro sin evidencia, y la motivación de esta fe se basa en la confiabilidad de la persona que nos habla.

Ahora bien, este tipo de fe también funciona con verdades sobrenaturales. La fe sobrenatural es cuando creemos en algo porque Dios nos lo dijo a través de Su Iglesia, y hay muchas cosas que creemos pero que no podemos verificar.

Por ejemplo, creemos que hay tres personas en Dios. Creemos que hay gracia santificante. Creemos que nuestra Santísima Madre fue asunta al cielo en cuerpo y alma, etcétera. Note que no podemos verificar estas cosas mediante alguna investigación o estudio.

Sin embargo, estamos convencidos de que son ciertas. También hay cosas que esperamos, como la salvación y la vida eterna, y tenemos la seguridad en nuestro corazón de que ellas también se cumplirán.

Esta seguridad y esta convicción son el resultado de la virtud sobrenatural de la fe. Es este don, un don que recibimos en el bautismo, el que nos da la capacidad y la seguridad de que nuestra creencia en estas verdades sobrenaturales, presentadas por la Iglesia, pero sin evidencia, está bien fundada.

He aquí por qué nuestra fe en la Resurrección es tan importante. La resurrección de nuestro Señor confirma todo lo que sabemos acerca de Jesús y de lo que Él nos ha dicho que es necesario para nuestra salvación. Es como el motor de un automóvil, el combustible de una central eléctrica o la energía del sol para la vida en la Tierra.

Sin la resurrección, nuestra fe católica sería un cascarón vacío y todavía estaríamos en nuestros pecados. No tendría sentido nada de lo que hacemos como cristianos católicos. Como dijo San Pablo, nuestra fe sería vana (1 Cor 15,14).

Entonces, de manera muy real, todos estamos en la posición de Santo Tomás durante esa primera Semana Santa. No había visto a Jesús como los otros apóstoles. Sólo tenía su palabra de que Jesús había resucitado y estaba vivo. Al principio se negó a creer lo que le habían dicho los demás Apóstoles. Se negó a creer que Cristo había resucitado de entre los muertos. Fue demasiado para él. Tal vez pensó que los demás estaban sufriendo algún tipo de engaño colectivo o tal vez incluso le estaban gastando algún tipo de broma cruel. En cualquier caso, simplemente les dijo:

**“Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.**

Recordemos aquí que Santo Tomás siempre había sido leal al Señor. Podemos encontrar prueba de esto cuando recordamos el momento en que Jesús se estaba preparando

para ir a Jerusalén y algunos de los judíos habían decidido matarlo. Fue entonces que Santo Tomás dijo: **“Vayamos también nosotros para morir con Él”**.

Al mismo tiempo, también sabemos que Santo Tomás era débil en la fe y el evangelio de hoy lo confirma. Aunque siguió a Jesús a todas partes, y aunque vio las obras que nuestro Señor realizó, le costó creer. Tanto es así que a lo largo de la historia, su ejemplo se ha presentado como el tipo de fe que **NO** debemos imitar. De hecho, la mayoría de nosotros hemos escuchado la frase "Tomás el incrédulo". Tal vez a algunos de nosotros incluso nos hayan acusado de serlo.

En cualquier caso, una semana después de que los Apóstoles hubieran visto a Jesús, estaban otra vez juntos, y esta vez Santo Tomás estaba con ellos. Otra vez, Jesús se les apareció a todos. Otra vez Jesús les dijo: **“La paz esté con ustedes”**. Entonces se volvió hacia Santo Tomás y le dijo: **“Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado”**. Santo Tomás respondió con estas palabras: **“¡Señor mío y Dios mío!”**

En ese momento, Santo Tomás tenía las pruebas que necesitaba. La fe ya no era necesaria. No necesitaba confiar en las palabras de otro; ya no tenía que confiar en el testimonio humano. Ahora podía ver con sus propios ojos que Cristo estaba vivo y efectivamente había resucitado de entre los muertos.

Sin embargo, después de que Santo Tomás dijera: **“¡Señor mío y Dios mío!”**, Jesús no lo alabó; Jesús no lo felicitó. Más bien, Jesús le dijo: **“Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto.”**

Hoy estamos en la misma situación que estaba Santo Tomás antes de que Jesús se le apareciera. No hemos visto a Jesucristo con nuestros propios ojos, ni antes ni después de Su resurrección. No hemos oído su voz. Si bien algunos de nosotros hemos sido testigos de milagros, la mayoría no. Al igual que Santo Tomás, no tenemos pruebas contundentes, conocimiento científico, de la resurrección de Cristo.

Eso significa que tenemos que confiar en la palabra de otros para nuestro conocimiento de la resurrección. Esta enseñanza es algo que ha sido transmitido por la Iglesia de un cristiano a otro y tiene como fuente a Jesucristo mismo.

Así como los apóstoles no pudieron probarle a Santo Tomás que habían visto a Cristo resucitado, nosotros tampoco podemos probar a los demás que nuestra creencia en la resurrección es verdadera, pero eso no la hace falsa. Si bien no tenemos evidencia externa, sí tenemos confirmación de otras maneras.

Tenemos ante todo nuestra fe sobrenatural, ese don de Dios que nos da seguridad y confianza de que lo que la Iglesia nos presenta es verdadero y digno de nuestra fe. Esto es también lo que nos da el poder de creer en la Santísima Trinidad o en la existencia de la gracia santificante o en la ascensión corporal de la Santísima Virgen María.

Sin embargo, también tenemos confirmación de otras formas. Tenemos una verificación personal basada en las respuestas a nuestras oraciones, basada en los consuelos que Dios nos da en el tiempo de prueba, y especialmente basada en la paz que tenemos después de recibir dignamente el sacramento de la penitencia.

Además, también hay confirmaciones externas de nuestra fe. La existencia misma de la Iglesia es una de ellas. Si la Iglesia Católica fuera simplemente una institución humana, no hay ninguna razón terrenal para que después de casi 2000 años siga existiendo. Ninguna otra institución humana es tan antigua. No existe ninguna otra nación, religión o institución humana que haya mantenido intactas sus características fundamentales durante este período de tiempo.

Otra confirmación son aquellas cosas que son fáciles de entender para las personas de fe, cosas que intrigan a los científicos y claramente desconciertan a los que no tienen fe. Estos incluirían los milagros y curaciones documentados en lugares como Lourdes en Francia, Fátima en Portugal, el santuario de Santa Ana de Beaupré en Quebec y, por supuesto, la ahora famosa Sábana Santa de Turín.

Sin embargo, al final, para los que creemos, no es necesaria ninguna prueba en la resurrección; para aquellos que no lo hacen, ninguna prueba es suficiente. Como nos dice nuestra primera lectura, somos una comunidad de creyentes. Como miembros de la Iglesia, de esta comunidad de creyentes, tenemos una fe común. Nos lo han enseñado y nos lo ha transmitido a través de la Iglesia.

Santo Tomás tuvo que decidir si cree, y nosotros también. Santo Tomás rechazó el testimonio de sus compañeros apóstoles, y nosotros podemos rechazar el testimonio de la Iglesia. Por otro lado, podemos aceptar las enseñanzas de la Iglesia sobre la fe, y si lo hacemos, entonces las palabras de Cristo "**dichosos los que creen sin haber visto**" se aplicarán directamente a nosotros. Amén.